

"La Preusa", Buenos Aires  
1º enero 1904

2-404  
2-33

Políticos y literatos



(Reseña en "de esto y de aquello", tomo IV)



Un conspicuo político español, D. Francisco Silvela, jefe del partido conservador liberal y más de una vez presidente del consejo de Ministros—poder el más alto á que puede llegarse en una monarquía constitucional—abandona la política y se retira á la vida privada

cuando apenas á cumplido sesenta años en el vigor de su espíritu y sin haber sufrido fracaso alguno que le haya hecho perder su prestigio. Su determinación es poco comprensible para los puros políticos, para los que viven sumergidos en el afán de las luchas parlamentarias, para los que han gustado el acre sabor de las contiendas de los partidos. Buscan explicaciones á su alcance: necesitan rehacer su fortuna en el bufete de abogado, porque la política no le produce, ó bien cede á instancias de personas queridas que le creen en peligro viviendo en el poder. Y los políticos que no hallan explicación al caso se encogen de hombros, y le desdennan por su retirada.

Alguno habla de misticismo, vocablo que sirve á los mundanos para envolver en un solo desprecio todo lo que no comprenden. Si os digo ahora que Silvela ha sido acaso un literato desviado á la política, tal vez comprendáis, los literatos, su resolución y se os muestra claro como lo que puede á muchos políticos parecer falta de ambición sea sobre de ella. Más antes conviene ver lo que esa retirada valga moralmente.

Dante, el gibelino de alma de fuego, hubiera vomitado su desprecio sobre Silvela. Recordad que al entrar con Virgilio en el Infierno, allá, en el pórtico, oyó suspiros, llantos y profundos ayes que resonaban por el aire sin estrellas; lenguas diversas, hablas horribles, palabras de dolor, acentos de ira, apagadas voces y batir de manos que armaban un remolino en aquel ambiente siempre oscuro. Y al ver esto pregunta á Virgilio que gente es aquella venida así por el duelo, y Virgilio le dice: "Se hallan en tan miserable estado las almas tristes de los que vivieron sin infamia y sin elogio. Están mezcladas al mezquino coro de los ángeles que ni se rebelaron ni fueron fieles á Dios, sino que fueron para sí". Son, pues, los que llamamos los neutros, la masa neutra, los que no se alistan á ninguno de los bandos que luchan. El Dante, que se enternece ante más grandes pecadores, que admira á héroes del mal á los que sume en las entrañas del Infierno, guarda el desprecio para los neutros, para los egoístas que no quieren comprometerse, para los cobardes ciudadanos pacíficos. Y sigue Virgilio explicándole como ni el cielo quiere recibirlos por no perder belleza, ni el profundo Infierno los recibe porque cobrarían gloria los condenados que merecieron al menos su condena. Pregúntale el Dante entonces que es lo que les hace lamentarse tanto, y contestale su maestro aquellas terribles palabras que suenan: "No tienen esperanza de muerte, y es tan baja su ciega vida que

están envidiosos de otra suerte cualquiera. No deja el mundo fama de ellos, desdennan la misericordia y justicia; no hablemos de ellos, sino mira y pasa." Son los no ambiciosos; son los contentos con su oscura medianía; son los que no quieren cobrar fama y nombre á costa de resoluciones y esfuerzos. Mecida

el alma del Dante en ardorosas contiendas y soñando con la Italia eterna, su desdenn es para los que no toman puesto en el combate. Y entre ellos ve venir la sombra de aquel que hizo por cobardía la gran rehusa.

*Guardai, e vidi l'ombra di colui  
Che fece per viltate il gran rifiuto.*

Y ¿quién era éste que hizo la gran rehusa por cobardía y á quien coloca en el más vergonzoso, ya que no en el más tormentoso lugar del Infierno? Pues era un piadoso varón á quien la Iglesia ha elevado á los altares, era el ermitaño Pedro del Murrone, luego papa Celestino V, y San Celestino hoy en el santoral católico.

Pedro del Murrone, piadoso asceta, fué elegido papa en 1294, á los cinco meses no pudo con el peso de la tiora, dió en Nápoles una decretal estableciendo que pudiese un papa renunciar al papado por utilidad de su alma, y lo renunció después en el consistorio de Santa Lucía, deponiendo ante los ce-

corona y manto. Pallavicino dice que *dopo l'esperimento de la sua inabilità* y un antiguo cronista que lo hizo *videns suam insufficiantiam*. Y se alza Dante el gibelino ante el santo ermitaño que renuncia el papado y le dice: Abandonas un puesto de honor y de empeno, dimites por cobardía, por sentirte inhabil; vete ahí, entre los que no tienen esperanza de muerte, entre los que no merecen ni que se hable de ellos.

¿Es éste el caso? ¿Habrá de arrojarle al mezquino coro á este hombre que renuncia una jefatura en días de lucha? Habrá políticos que así lo crean, dantescamente. El

Dante mismo era un político tanto como un literato. Pero los que apartados de eso que aquí se llama política, vivimos más para la literatura y de ella, vemos en esa rehusa no cobardía sino desdenn de gloria acaso. ¿Quién sabe si perdida la fe de dejar un nombre en la historia de España, como estadista, se recoje á trabajar en la *Historia de la ética en España*—tal como lo ha anunciado—para buscar así el que sobrenada su espíritu y su nombre en nuestra literatura? Tal vez renuncia á la acción inmediata para cultivar la mediata. Y es de creer que los gibelinos de los siglos posteriores hubieran sacado á San Celestino de aquella vergonzosa entrada del Infierno si al dejar el papado se hubiese recogido Murrone á dejar al mundo, en duraderas pági-



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES



nas el amargo fruto de la experiencia de su pontificado.

Difícilmente se entenderán literatos y políticos y cuando coincide que es un sujeto ambas cosas á la vez, riñen en él el literato y el político y es su espíritu espíritu de perpetua contradicción, cuando no de estéril hibridismo. Aquiles y Homero no se entienden, y en el fondo se desprecian mutuamente; para Aquiles es Homero un cronista de sus hazañas al que debe poco, y para Homero es Aquiles una ocasión de ejercitar su fantasía. Alguna vez surge un Cesar que se convierte en Homero de sí mismo, pero, francamente, lo hace mal.

La acción inmediata en lugar y tiempo encuentra inmediata recompensa, aplauso que se oye y poderío que se toca. El actor ó el cantante oyen las palmas y tocan el dinero con que se les recompensa; á los pocos años de haber muerto se les olvidará y ni aun trascenderá su fama, en vida, de los países en

que actuaron. El autor de aquello que representaron ó cantaron podrá no haber oído en vida las palmas y haber muerto de miseria pero seguirá aplaudiéndose en otros actores ó cantantes que actúen en otros lugares y en sucesivos tiempos. Y algo así son los autores de las comedias sociales.—los pensadores, filósofos, literatos—y los actores de ellas: los políticos.

La acción del político es más intensa local y temporalmente, obra de una manera más inmediata en un país y una época dados, resuelve *ahora* y *aquí* un problema y es, según ello, su fama más intensa en lugar y tiempo determinados, mientras actúa se habla más de él que del literato en su patria y durante su actuación. Fijaos en uno de vuestros actuales políticos argentinos, cuyo nombre aparezca á diario en vuestra prensa periódica y estad seguros que por acá apenas lo conocemos y que si nos llega su nombre al pie de cualquier elucubración literaria, sociológica, económica, etc., nos formamos, al leerle, la más triste idea del personaje. Los políticos rara vez son de exportación y es cosa que se presta á comentarios el que cuanto dicen y escriben resulte solemne vulgaridad ó tontería fuera de las fronteras de su patria ó pasados pocos años de su muerte. No sé como hay quien resista al leer á Gladstone, y Gladstone era un noble y grande espíritu, pero á quien le faltó el unir á la acción el silencio, no siendo silencio de aquellas palabras que como las de la oratoria política, son de acción. Si los políticos tuvieran buen sentido suprimirían los taquígrafos de los parlamentos, porque de ordinario un discurso de grande alcance político, con el que se logró ganar una votación ó derribar un ministerio, suele ser una detestable é insoportable pieza literaria. Se me argüirá con Demóstenes, Cicerón, Mirabeau, pero estos ¿fueron verdaderamente políticos? ¿No hay acaso literatos descarriados á la política como hay políticos descarriados á la literatura? Por lo que hace á Cicerón prefiero sus tratados á sus oraciones políticas y en Mirabeau, sus *Cartas á Safia* vivirán acaso más que sus arengas parlamentarias. De Pericles no se hable; su oratoria lo es de Tucídides, no de él.

Yo no sé si sería ó no conveniente lo que proyecta un amigo mío para cuando sea dictador supremo y es proscribir á todos los

poetas, pensadores, filósofos y literatos el acceso á los cargos públicos y prohibir que publiquen nada los políticos ni que se dé á luz lo que en sus asambleas y discusiones digan. Que obren éstos, hasta con la palabra, y que cuenten aquéllos lo que éstos obraron y lo comenten.

No lo dudeis, literatos y políticos suelen despreciarse mutuamente; se desdennan el hombre de acción y el de palabra. Pero si escudriñais de más de cerca las cosas, á busca de desentrañarlas, muy luego echareis de ver que no hay liade segura entre la acción y la palabra, ni cabe decir donde acaba la una para empezar la otra. La acción suele ser palabra, y la palabra acción. Los políticos mismos llaman *hacer un acto* á definir una posición con un discurso. Sucede con lo que llamamos acción y palabra como con el calor y el movimiento que son convertibles entre sí y se trasforman uno en otro. La palabra, ó mejor dicho, el pensamiento, es una acción abortada: la representación mental de un movimiento puede y suele ser el movimiento mismo que antes de llegar á esteriorizarse se ahogó en germen, se trasformó. Recordar una palabra es incoar ó enunciar su pronunciación y por eso aquellos que no pueden incoarla á causa de tener trastornada la inervación de los órganos del lenguaje no recuerdan las palabras, padecen de afasia.

Según esto ¿no serán los hombres de pensamiento unos hombres de tan intensa actividad que precipitándose en ellos los gérmenes ó incoaciones de unos actos á los de otros no se dejen tiempo de exteriorizarse y se aprieten y obstruyan la salida, teniendo así que derramarse al interior en forma de ideas, proyectos y ensueños? Y por el contrario los llamados hombres de acción son hombres de pocas ideas, que por ser pocas no se estorban las unas á las otras y cumplen su desarrollo todo llenando su natural tendencia á exteriorizarse en actos. Si al espíritu de un hipnotizado, que se encuentra como tabla rasa, sin representación mental alguna, lanzais la idea de que haga esto ó lo otro, llegará á hacerlo por lo que se llama sugestión y que no es acaso otra cosa que el natural desenvolvimiento completo de una idea que no se ha encontrado al paso con otras que la hayan detenido. Y así se ve que los políticos de resultado y eficacia en su empeño suelen ser hombres de pocas y muy poco complejas ideas, verdaderos hipnotizados que obran por sugestión. Los políticos de raza y fuste, los que merecen ser llamados políticos por autonomasia, no buscan en los libros y en el trato ideas que modifiquen ó cambien sus ideales, no! lo que buscan son ó palabras para rellenar sus discursos ó confirmaciones á su doctrina. Rara vez se apropian sino lo que favorece sus tendencias.

De aquí que la consecuencia pueda ser una



virtud en política y no lo sea en literatura y en filosofía y ciencia. ¿Qué importa que se contradiga un literato, un pensador ó un sabio? Como no ha de aplicar sus ideas, hay que agradecerle el que hoy dé una explicación y mañana otra, porque así enriquece al pensamiento general más que si diera una explicación sola.

Se me dirá que hay políticos, y muy políticos, que no tienen consecuencia alguna, ni idea fija y que están cambiando de opiniones á cada momento y hoy figuran en este partido y mañana en aquel. Mas á esto replico que esos son precisamente los más consecuentes y los más de una sola idea, puesto que esta idea son ellos mismos y la sirven con perfecta consecuencia. El político camaleón ó sin ideas fijas

en realidad no tiene tales ideas ni fijas ni movibles; es un hombre que endereza su acción á encumbrarse y adquirir poder y mandar y servir á sus amigos. Si se llama Pérez es perecista y nada más, nada más que romerista si se llama Romero. Es el verdadero hombre de una sola idea y ésta la más concreta, la más viva, la más llena de contenido: la idea de sí mismo. Todas las demás le sirven para manifestar, formular, adornar y encubrir la idea única de su yo soberano.

El egotismo literario es más aparente que real; cuando un literato hace ostentación de sí mismo es que se engaña imaginándose que el mundo de sus ideas son el mismo. Su egotismo aunque parezca soberbia, no pasa de vanidad. La verdadera soberbia es la de los hombres de acción que disfrazan su yo absorbente bajo diversas ideas pegadizas y de prestado. Y así, vanidosos los unos, y soberbios los otros, es difícil que se entiendan.

Y ahora concluyo por el caso que me ha servido de pie para estas reflexiones. Silvela, hombre de ideas y de matices en ellas, de pensamiento ondulante y poco fijo, sin mucha consecuencia, eptéptico, preocupado del buen gusto y de la tonalidad estética de los ideales sociales, tiene más la madera de un literato que la de un político, es más apto para contar lo que otros hagan y comentarlo, que para hacer cosas que cuenten y comenten otros. Más adecuado es para él extraer de la voluntad representaciones que no tomar la representación para enderezar su voluntad.

Si yo conociese lo bastante la historia política y literaria de la República Argentina habríame servido de ejemplos de ese país. Algunos nombres de argentinos ilustres han acudido á mi memoria al trazar estas líneas, y al pensar, sobre todo, en como quepa se dé en un mismo sujeto el hombre de acción

y el de pensamiento—problema que no le querido tocar—me he acordado al punto de aquel brioso y macizo Sarmiento, cuyo pensamiento parece acción y que fué literato y político á la vez. No le conozco como político, pero la lectura de sus obras literarias me hace suponer que dejaría bastante que desear en cuanto pasara de la acción destruc-

tiva á la constructiva. Aquel su estilo de monotonía me lo denuncia. Flotaría, sin embargo, de equivocarme en esto, entre otras razones porque quebrantando las suposiciones psicológicas que he establecido en este ensayo me obligaría á modificar mi pensamiento al respecto, y así era más fácil que mis lectores tuviesen un día la satisfacción de leer un nuevo ensayo mío en que corrigiese y acaso trastrocase por completo las doctrinas asentadas en éste. Así podrían elegir y nunca se diría que soy un escritor sistemático. Sé, además, que aunque hoy diga blanco y mañana negro y pasado mañana gris, siempre yo seré yo y flotará mi espíritu sobre el oleaje de las ideas en que nade. Lo que quiero es flotar y no anegarme en ellas. ¿Egotismo, direis? Tal vez, pero en resolución, no el egotismo del político que trata de imponer á los demás su idea, sino el egotismo del literato que trata de imponer su personalidad en las ideas de los demás. En mi vida pretenderé que hagan mis prójimos lo que á mí se me antoje ó que pongan en ejecución tal ó cual pensamiento mío; mi ambición es otra. Mi ambición es que lleveis mi timbre, el timbre de mi espíritu, en el mayor número posible de vuestras ideas, por contrarias que éstas sean entre sí; mi ambición es derramar así mi alma en las mentes ajenas y que me la sobrevivan ellas y que si un día se funden las mentes todas que fueron, que son y que serán y surge de tal fusión la Mente Suprema, infinita y eterna, la Conciencia del Universo—¡inmenso ensueño de vida!—resurja allí mi alma poderosa y clara entre las penumbras de los espíritus que se hayan disipado en la acción y que al recipiente final de los actos, á la materia, van á perderse.

Pero veo que me descamino y antes de empezar á rectificar esto, hasta darle la vuelta y hacer que diga lo contrario dejo este ensayo. Si á algún lector le sugiere algo, me basta.

*Miguel de Unamuno*

*Leena*



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES